



XII CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO



SE ESCRIBEN
CARTAS CRISTINA DUNCAN SALAZAR
GANADORA CUENTO
DE AMOR Y OTRAS
HISTORIAS

SE ESCRIBEN
CARTAS
DE AMOR Y OTRAS
HISTORIAS

SE ESCRIBEN
CARTAS CRISTINA DUNCAN SALAZAR
GANADORA CUENTO
DE AMOR Y OTRAS
HISTORIAS

© Cristina Duncan Salazar, 2015
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN: 978-958-8845-52-4

Duncan Salazar, Cristina
Se escriben cartas de amor y otras historias / Cristina Duncan Salazar
1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2015.
106 p.; 21 cm

Primer puesto categoría Cuento
XII Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación editorial: Vicepresidencia de Comunicaciones Corporativas
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Diseño y Diagramación: Tragaluz Editores
Impresión y terminación: Marquillas S.A.

1. CUENTO COLOMBIANO. Título.

Impreso y hecho en Colombia / *Printed and made in* Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o por cualquier propósito,
sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

Índice

- 11** El muro de la infamia
- 17** Yo espero...
- 23** El ángel
- 29** El monstruo del rosario
- 35** Georgina
- 39** Petros
- 47** Se escriben cartas de amor y de las otras
- 53** El bicho
- 59** Doña Martirio Culpaimedia
- 79** Encuentro con cadáver 2
- 83** Migraña 1
- 89** Por la 84
- 95** Place 2
- 101** Chancletas

A Bere
y a la memoria de sus historias



El muro de la infamia

SUCEDIÓ EN UNA SEMANA SANTA CALIENTE EN UN PUEBLO perdido de cualquier reino actual: tres personas fueron llevadas al paredón por la inquina de sus lenguas.

A simple vista, aquellas lenguas húmedas y rosadas no se diferenciaban de otras igualmente húmedas o igualmente rosadas, excepto porque las tres estaban conectadas no al cerebro, sino a las vísceras. Habían acumulado una larga historia de crítica malévola, curiosidad morbosa y todas las otras expresiones incógnitas del miedo.

El primero, un gordo mofletudo con gafas de aro metálico elegidas para que no se notara que llevaba gafas (ligeramente por encima de su vientre espeso), se había pasado la vida ganando méritos a golpe de batir las pestañas de sus grandes ojos marrones amarillentos. Su fama de guapo, su encanto zalamero, su cuidado en la conservación de las buenas costumbres y el muestreo azaroso de su larga hilera de dientes blancos facilitaron la consecución de empleos, favores, preferencias y romances con una hilera de jóvenes, adultas, viejas y cualquier otra cosa que llevara faldas.

De tanto cantar sus glorias como hombre deseable por las féminas terminó arrastrando una larga lengua por todo el pueblo y destruyendo el goce de los viejos sentados para refrescarse los pellejos al caer la tarde, la candidez de los niños y la libertad

de las viandantes que caminaban con cuidado para no morir a golpe de lametazos secos. El alcalde decretó el ahorcamiento con su propia lengua para Ala-Criti K. Dera. Fue una muerte dolorosa y lenta en la que en vano invocó mil veces clemencia al público femenino, al que obligaron a asistir para reivindicar el derecho de las mujeres a ser hembras.

La segunda sentenciada venía de una larga estirpe de intelectuales exitosos pero sin un céntimo, dados a criticar al mundo entero en virtud de no calificar como inteligentes, valiosos, civilizados, occidentales, blancos, prósperos o cultivados. La pobre criatura –porque hay que ver la lástima que he terminado por tenerle–, no tuvo más remedio que sentirse superior intelectualmente para poder sobrevivir a la dura carga de ser medida con el contrapeso de libros, poemas y textos. De tanto cargarlos para arrojarlos como dardos a quienes consideraba ineptos, terminó con la lengua afuera, arrastrando gotas de saliva por todo el pueblo. Los ríos de saliva entraban por portales, penetraban zaguanes, recovecos, inundando las vidas privadas de medio pueblo. Dada la dificultad del alcalde para pedir auxilio al cuerpo de bomberos, terminó por decretar la muerte de Viper-Ina-la Intel Ec-Tual. No suplicó clemencia. Murió estoicamente ahorcada por su húmeda lengua, la cara morada y las piernas colgantes que se alargaron hasta llegar al suelo.

Luego vino el edicto que sentenció la muerte de Bo-K-Azas La Envi-diosa, todo un ejemplar de talento verbal y lengua certera. Se había ganado la vida publicando noticias en la prensa gracias a su habilidad para sumergir la lengua en cicuta y escribir con ella. Compró tanta cicuta y mojó tanta lengua, que terminó por morir lentamente. El hedor que desprendía al pasar terminó por obligar a los habitantes de este golpeado pueblo a cerrar las

ventanas para protegerse del efluvio. Una vez más el alcalde, impedido para solicitar permanentemente ayuda al Ministerio de Medio Ambiente, terminó por liquidar a Bo-K-Azas para acabar con la amenaza de sofocación colectiva que pendía sobre su pueblo. Por el estado de su poca lengua no pudo pedir clemencia aunque sus ojos saltones lo hicieron por ella.

Y de esta manera quedó el reino en silencio: los viejos volvieron a mecerse al fresco de la tarde, los niños a jugar sus juegos. Hoy se recuerda a este pueblo como único en su género, *El reposo de las lenguas*, lo llaman; sus gentes tienen suficiente vida como para meterse en asuntos ajenos.





Yo espero...

TODO EN ÉL ERA UNA CURVA Y SUS COSAS ESTABAN situadas en alguno de los extremos: la inteligencia, en el extremo negativo de la curva de Bell ; la estatura, en el derecho, la joroba cabalgaba a lomo. Se salvaban un brazo y una pierna, corrientes y molientes; se salvaban los dientes, docenas de ellos, amarillentos, que insistían en salir disparados con ayuda de diminutas gotas de saliva en torrente.

Tenía veintidós años y un retardo mental importante cuando lo conocí. Muy alto, encorvado, con una pierna y un brazo encogidos que lo obligaban a caminar de medio lado. Se engominaba el flequillo rizado que aplastaba a medio lado, justo por encima de unas cejas espesas y encrespadas. Tartamudeaba con voz ronca y lenta que salía por donde le permitían unos dientes obligados a expulsar el labio superior en dirección del flequillo tieso.

Había sido un alumno destacado en su centro de enseñanza especial. Sobrevivió a las numerosas modificaciones de conducta que se encargaron de proveerle de una serie de hábitos de higiene, control parcial de la emisión generosa de saliva y un repertorio de habilidades sociales que sería aún la envidia de un montón de gente. Sabía calcular, leer y escribir; podía llevar una contabilidad elemental y, más importante que todo esto, tenía un acusado sentido de la lealtad y de la responsabilidad.

Lo conocí en la sala de espera de un psicoterapeuta al que alguna vez visité y a quien él servía de cobrador. Se ganaba un sueldo fijo y un porcentaje sobre los pagos atrasados de pacientes morosos. Se presentaba acicalado y compuesto en casa de quien primero parecía un deudor para luego parecer una víctima: *Vengo de parte del doctor Fulano para cobrar la factura que tiene pendiente...* Exageraba su lentitud y miraba con languidez a su interlocutor. Invariablemente le contestaban con algún tipo de excusa: *La señora Mengana no se encuentra... Vuelva mañana... Hoy no puede atenderle... Le pagan a fin de mes...* Él contestaba babeando que se quedaría esperando hasta que le pagaran. Tomaba asiento en la silla más cercana, con la mirada perdida en el techo. Podía permanecer en esa postura horas enteras e insistía en la misma respuesta cada vez que se acercaba alguien a recordarle que ese día no cobraría la deuda. Sólo se escuchaba algún suspiro largo o el sorber de su saliva espesa que a veces limpiaba con un pañuelo blanco y planchado. Siempre conseguía los pagos en la primera visita y solamente una vez tuvo que ir tres días consecutivos por tratarse de la cuenta de un político que en verdad creyó quebrantarle su confianza.

Para cuando cumplió cuarenta y cuatro años de edad, había conseguido ahorrar una importante suma de dinero gracias a la generosidad del tío abuelo que lo mantenía sano, bien alimentado, bien vestido y bien amado. Con su bendición, trajo a vivir a casa a su vieja novia de la escuela, una chiquita con síndrome de Down, huérfana, regordeta, tierna y blanca. Fabricaba fregonas artesanalmente y las vendía a las empresas de la Vía 40. Tenía el cutis como porcelana china y sus ojos de geisha sonreían siempre. Ambos se habían esterilizado por consejo de la madre de ella, pero habían adoptado un cacho-

rrito de cocker spaniel que alguien había dejado abandonado en la puerta del zoológico.

Más tarde que temprano, él se sometió a un tratamiento de ortodoncia prolongado y se hizo aplicar botox en el brazo encojido. Una plantilla gruesa en todos los zapatos del pie derecho le permite caminar mirando al frente, casi erguido, casi guapo. Cuando caminan por la calle se toman de la mano y también cuando conduce el automóvil del tío, gracias a un dinerillo entregado a un falsificador de licencias de todo género, en esta ciudad de puertas casi abiertas.







El ángel

SE LLAMABA MARY SPIEGEL Y TENÍA LA CARA descuadrada. Se la tapaba con una serie de rizos de cabello decolorado por algún tinte de Igora Royal –digo que tal vez era de Igora porque era la única marca que vendía el tono favorito de las rubias nórdicas que, con el paso de los años, dejaban de ser rubias y de ser nórdicas-. El trópico tiene la extraña manía de convertir en rojo o anaranjado todo aquello que cualquier compañía farmacéutica alemana se empeña en llamar rubio ceniza, castaño caoba o alguna otra denominación con vocación de madera. Así que, rubia y con rizos.

La boca parecía haber sido pintada de rojo en algún momento, aunque el momento nunca fuera reciente. No recuerdo otra boca tan desdibujada y carnosa como aquella. Tenía una nariz rosácea y prominente que desde la frente tomaba un giro hacia la izquierda para quedar finalmente en el centro de la cara; los ojos azules y pequeños, escondidos tras lentes redondas y un maquillaje espeso y negro de varios días.

Alemana o checa, Mary hablaba como costeña de pura cepa. Lo único que delataba su origen era la tendencia de toda su piel a ruborizarse por el calor; también su forma de caminar con el torso hacia adelante, pisando fuerte, como los que se crían peleando con las nevadas, las ventiscas o las tormentas secas.

Usaba medias veladas enrolladas a la altura del muslo; no sé si sabía que los rollitos se asomaban cuando se sentaba. Tampoco sé si le hubiera importado. Sólo sé que usaba faja porque su enorme trasero no subía ni bajaba al caminar y que su pasión era evidente porque miraba con intensidad las imágenes que enganchaba a sus pinceles antes de que todo cambiara.

La conocí en los talleres de carpintería que el colegio dispuso para las primeras clases de dibujo –antes de esto, las clases de arte no eran otra cosa que tejido, bordado y un sinnúmero de habilidades para las que probaba ser nula–. Fue mi primer contacto con un artista.

El primer ejercicio fue copiar una niña al piano de una lámina de Degas. Sólo tuve que borrar una vez el lazo de la cintura. *Eso está muy bien*, me dijo. La tercera vez puso óleos en mi mesa, un bastidor, un trapo y pinceles. Del lienzo salió un negro cargando un racimo de plátanos. Me dijo que tenía talento.

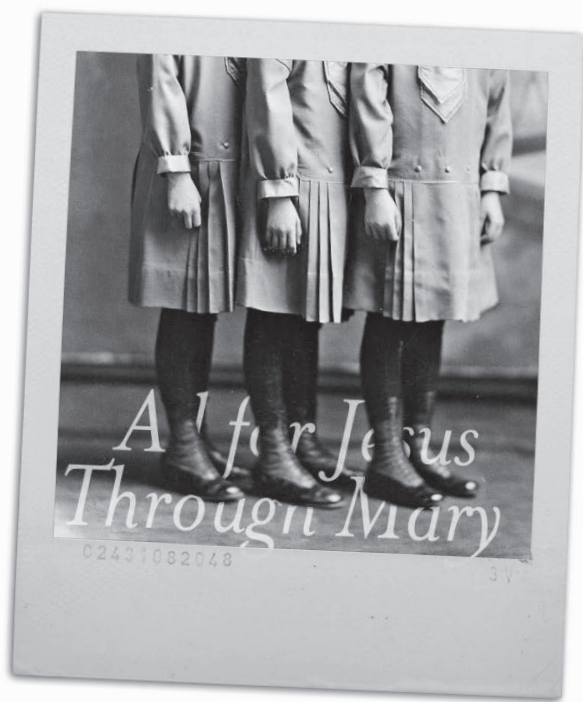
Años más tarde me matriculé en la escuela y fue mi profesora de acuarela. Las malas lenguas decían que era lesbiana y las buenas se callaban para no perder la lección del día, la mirada atenta, el comentario justo, las risas, su paciencia. Lo de que era lesbiana lo supe la primera semana de las veinticuatro que asistí a la escuela. ¿Así que mi primera artista tenía rollitos en las piernas, rizos rubios, boca rara y le gustaban las mujeres?

La determinación con la que caminaba, la insistencia en maquillarse sin quitarse la pintura, la paciencia y el talento a mí me sugerían otra cosa y decidí averiguar qué era. La perseguí durante una semana hasta que averigüé que a Mary Spiegel la hacía presentarse de esa manera era la prisa. Prisa por salir corriendo cada mañana después de una sesión demoledora de abrazos que le propinaba

su familia; prisa por pintarse la boca una y otra vez después de cada beso baboso que le estampaba el amor de su vida, sus hijos o los ajenos que recibía por costumbre.

Me dicen que ha expuesto en París y que siempre la acompañan sus seres queridos. Algunas várices en las piernas ya no la dejan caminar con la fortaleza de antes, pero intenta mantener su firmeza. Si en sus idas y venidas por el mundo escuchan en algún museo una voz paciente, una mirada atenta, una tendencia a enseñar o a ver belleza, es la voz de Mary. No la dejen marchar sin descubrir sus ojos de ángel decolorado tras sus cristales de checa.





El monstruo del rosario

AHORA, DESPUÉS DE CUARENTA Y SIETE AÑOS, ES BLANCA y gorda. La han visto conducir un Land Rover Santana al que le han adaptado un volante pequeñito de Renault 4 para que la panza engulla el timón y así pueda conducir sin problemas. La cara redonda, de una blancura gelatinosa, sale más de una vez de pliegues, mofletes y varias cadenas.

Pero hace cuarenta y siete años no era así. Entonces era blanca, blanca, voluptuosa y yo solo quería que me quisiera. Se llamaba María Inmaculada Morano, profesora de quinto año elemental.

El arrebato comenzó el primer día de clase de un septiembre húmedo. Ella entró con tacones y la boca roja, cabello negro y las uñas largas. Rezó majestuosa el Padre Nuestro y dictó su primera orden: de ahora en adelante escribiremos *All for Jesus Through Mary* en cada página, todos los días. Y desde entonces tengo un problema con las Marías porque no le bastó esa que funcionaba como ducto hacia aquel santo varón... esa era solamente la primera de un reguero de santas nacidas en sitios de nombres tan exóticos y aterciopelados como Asís o Lourdes; nada parecido a Quibdó, Suán, Luruaco o Barrancabermeja.

Figuras ejemplares y atormentadas que comenzaron a desfilar por el primer pupitre de cada fila en el aula infantil y que

se estrenaba con santa Bernardita. Al día siguiente trajo cinco dibujos al carboncillo de cada una. Los trazos habían salido de sus cinco dedos largos y fue así como empezó mi problema con el dibujo: o era divino o era profano, incompatible con aquella libido desbordada de las niñas sanas. Cada semana traía cinco santas distintas para un total de 136 santas en quinto año elemental.

Mi mejor amiga, Pía, nunca pudo ser santa de su devoción. A Pía solo le interesaba la natación. Su estilo favorito era mariposa. Entrenaba temprano todas las mañanas y llegaba tarde a clase. Como entrenaba en el Country Club a donde iba la *crème*, siempre se refería a ella como *una de esas del Country*.

Las lecciones realmente “importantes” de mi vida las aprendí en aquel quinto año:

- Toda niña buena es ordenada, limpia y guarda en su mesa de noche lo necesario para dispensar los primeros auxilios. Nunca me atreví a preguntar quién necesitaría auxilio en mi habitación por las noches.
- El sacrificio, la penitencia y la abstinencia acercan a Dios. Dicho de otro modo, lo que necesita Dios es la carencia ¿A qué venían tantas flores, tanto árbol, tanta lluvia, tantos pájaros, tanta selva? ¿Tanto dorado en las iglesias? No sé. Pero el asunto se aprendía con pasar doce horas de ayuno antes de la comunión, renunciar a placeres por cuaresma, dar limosna a los pobres, adoptar criaturas paganas de Indonesia y sentir culpa por estar bien.
- Las niñas del Savannah son superficiales.
- En el segundo piso siempre hay un cuarto oscuro para las niñas que se portan mal. Lo guarda el demonio. Suceden cosas terribles en los cuartos oscuros.

- Mi amiga Mariana es mala. Viene de una familia donde la mamá siempre está besando al papá y no le alcanza el tiempo para peinarle el cabello, que lo lleva suelto hasta la cintura.
- Mi compañera Catalina es buena. No se mueve, no se le oye la respiración, es limpia, limpiecita, y su papá es gringo.
- Las mujeres perfectas no tienen inflexión de voz.
- Sister John Baptist es Dios.

Sister John Baptist era larga, huesuda y flaca; con nombre de hombre y ausente como tal, solo aparecía al final de algo o no aparecía.

María Inmaculada Morano salió de su adolescencia oliendo a sudores de aula infantil para casarse con un perfecto ejemplar de la aristocracia criolla que hacía su vía crucis hincando sus rodillas en su lecho conyugal o en algún otro, vacío de hombres como él.

María Inmaculada Morano nunca acusó recibo de su voluptuosidad y le sucedió lo que a cualquiera que limita su deleite: aumentar alguna ingestión, desarrollar alguna perversión, alguna dolencia o esperar siempre carencias. A ella se le facilitó la elección de los chocolates Whiteman's y el contrabando digestivo del arroz de paella, responsable de convertir su cuerpo en casi una circunferencia. Desarrolló una verdadera pasión por san Estanislao, san Jorge, san Francisco y cualquier otra criatura que no supiera de sexo. Se transformó en un globo y se acurrucó definitivamente en la santidad, las labores domésticas y la enseñanza de niñas buenas.

Y yo aquí, con una cintura de sesenta centímetros, tacones altos, músculos tensos bajo mi piel vieja, patrocinando conferencias sobre Joyce en universidades y escuelas. Mi amiga Mariana fue

mucho tiempo ministra de Turismo; mi amiga Pía, gerente de Adidas para Sur América; Catalina se jubiló siendo auxiliar de enfermería y la sister John Baptist ha sido canonizada. Por mi lado, no he vuelto a dibujar, pero acaban de otorgar un premio a uno de mis cuentos y han prometido publicarlo antes de la Feria del Libro de este año, en primavera.

Está llena de nietos, de pliegues blancos, brillantes y enormes. La veo pasar en su Land Rover Santana; la boca, un corazón rojo en su cara de luna llena.





Georgina

GEORGINA ERA ALTA, RECTANGULAR COMO UNA NEVERA, tenía la piel negra arrugada, seca y con pecas; sus largas manos eran ásperas y las remataban unas uñas duras como huesos. No recuerdo cuándo llegó a casa, pero bendigo el día aunque mis hermanos opinarían diferente. Para aumentar sus ingresos aceptó encargarse de todas las labores domésticas. Se levantaba muy temprano, cortaba la flor de cayena más bonita del patio y se la ponía en el cabello rizado, sujeta con el pabellón de la oreja. Barría y limpiaba la terraza, el patio, el zaguán y la casa; luego preparaba y servía los desayunos, lavaba la ropa mientras fumaba con el cabo encendido dentro de la boca. Terminaba la jornada mañanera cocinando el almuerzo mientras canturreaba rancheras.

Era la única empleada del servicio doméstico que lograba mantener a mis hermanos alejados de mi territorio infantil. Acallaba mi llanto perenne de niña nerviosa y cosió la primera y única muñeca de trapo que tuve. No sé de dónde sacó la tela; no sé en qué momento la empezó a coser porque quería que fuera una sorpresa para mí y no sé qué sucedió con su vida después de irse de aquella casa de mi infancia. El cuerpo era un rectángulo relleno de tiras de telas; los brazos, dos chorizos famélicos que

encontraban su remate en una especie de mitones a los que les dibujó cuatro dedos con el lápiz negro de ojos que siempre guardaba en su bolso también negro. Las piernas eran un par de bolillos rellenos aún más largos que terminaban en un arco diminuto pintado también de negro. Las extremidades colgaban de cada punta del rectángulo y hoy no dejo de pensar que había conseguido que la muñeca se pareciera a nosotras. Por cabello le cosió tiras de tela marrón y por rostro le puso un par de ojos pintados; dos hoyuelos para la nariz y una boca bordada en hilo rojo. Le hizo un vestido a cuadros azul y blanco, y me la entregó una tarde al regresar del colegio.

Fue la única época en mi vida que comí la boronía, las habichuelas, la leche sin azúcar y las arvejas, lo que me sirviera. Tenía tres talentos: controlar niños, proteger a los indefensos y coser el amor a seis trozos de tela.



Petros



YO TENÍA CUARENTA AÑOS EN UN MADRID DE MÁS DE ochocientos; cuarenta años, un matrimonio de diez, una soledad de cincuenta, un trabajo precario, un cansancio de siglos; cincuenta y tres kilos de peso y ganas de fabricarme sueños. Quería para mí un tratamiento digno por parte de mis anfitriones; quería más amigos que mis escasos tres, más vida que mi escasa media. Aún tenía el cutis blanco y rosa, la boca roja y las ojeras sólo me las ponía después de una noche de insomnio o de juerga.

Daba inicio por segunda vez al curso intensivo de gemología para estudiantes extranjeros, con lo que lograba poner los enormes ojos de la Comunidad Económica Europea sobre mis delicados hombros de profesora. Se duplicaban así el control de calidad, mi sudoración, el bruxismo, todas las alergias. Memoriqué los nombres de todos los alumnos a la vez que grababa los rostros sin sonrisa que me miraban desde sus fotografías de carné. Tenía preparado todo el material en inglés. En la caja de caudales reposaba la nueva colección de gemas que utilizaría para enseñarles a distinguir lo falso de lo auténtico, lo sintético de lo natural, las imitaciones, la belleza de todo género.

Un italiano pequeño y enjuto con la apariencia de un seminarista; una irlandesa blanca que dudó de mi capacidad de enseñarle a diferenciar los diamantes de sus imitaciones; una alemana diminuta, de cabellera encendida, neo-hippie y con lentes severos; otra alemana con huesos de millonaria de élite y quijada larga como los pura sangre que regularmente montaba: una checa que no hablaba inglés –una madona trasplantada de algún cuadro del renacimiento–; una gata italiana furiosa, del sur; una del norte, más domesticada y corriente; una luz de bengala griega, un adonis silencioso del Peloponeso y yo, en un salón de clases de diez por diez y un laboratorio de cuatro por tres.

Les di la bienvenida y cuando terminé el discurso, lo único que querían hacer era ponerle las manos a las gemas. Comencé el entrenamiento con el uso de las pinzas hasta que dejaron de caer piedras similares al suelo, cosa que como siempre sucedías dos horas y media después de corregir posturas, la presión sobre el instrumento, la dirección de los ojos, las distancias oculares, el giro de muñeca, la delicadeza, el cuidado y la precisión con las gemas... lenta, pacientemente. Al día siguiente llegaron quince minutos antes que yo y nos encerramos ocho horas continuas en las aulas del Madrid viejo.

Se enamoraron de la luz, se asombraron de su estricto y predecible comportamiento, rieron con el descaro del color, se preocuparon por los precios, calcularon las propiedades físicas, contemplaron el concierto de artes y ciencias conjugadas en las piezas de joyería que yo tasaba en ese momento. Por cierto, se trataba del tesoro de una mujer sencilla que se enteraba en ese momento que el desamor de su madre no había

sido tanto y que compensaba su pasada negligencia con una maleta de cuarenta y cinco piezas de oro y platino, diamantes, esmeraldas, corindones de varios colores, perlas, turmalinas, espinelas y una reliquia de la España de la posguerra.

Relajaron los hombros y se conocieron. Empezaron a quererse y se prepararon cenas típicas que comían juntos en algunos de los apartamentos amoblados que alquilaron a cuatro manzanas de la escuela. Comenzaron a reír y a burlarse de las debilidades de cada uno. Se emborracharon juntos, se consolaron las penas, se alcahuetearon los amores nuevos y descubrieron bares, tabernas, museos, discotecas, bailaderos, bolsillos de marihuana, vino barato, recetas de abuelas, sexo ligero.

Me descubrieron cuando ya les quedaban pocas sorpresas entre ellos. Ya habían preguntado por mi origen en virtud de mi acento; ya les había sorprendido mi inglés del trópico y mi origen pseudo europeo; ya habían percibido la distancia justa que ponía para salvarme de su encanto y sus ganas de incluirme entre ellos.

Luego llegó el momento de resolver carencias de la educación y de corregir hábitos dañinos; de apoyar fortalezas, reconocer esfuerzos y exigir más compromiso; de alentar la iniciativa y sus intereses. Llegó la hora de las conversaciones serias, el estudio riguroso y la práctica implacable hasta que el oficio de identificar las propiedades de la belleza se volviera parte de ellos. El laboratorio se llenó de risas, conocimientos, jerga especializada, alianzas, teoría cuántica convertida en el reconocimiento cotidiano de amatistas y diamantes amarillos, espinelas naturales y sintéticas, turmalinas, apatitos, turquesas.

Descubrí entonces el amor de la alemana aristocrática por los caballos pura sangre, sus manos largas de uñas sanas y su

dentadura casi equina, un agudo sentido de la tarea y su exigencia por mi conocimiento. Descubrí la ternura de una alemana bávara que pacientemente me tradujo al alemán para su nueva amiga polaca –la virgen del renacimiento, huérfana y recién casada que aún atendía y cuidaba de sus dos hermanos pequeños–. Descubrí la furia de una *skinhead* de Berlín y la vulnerabilidad bajo su cresta amarilla; encontré las expectativas silenciadas del amor de la gata italiana, diminuta y hermosa; encontré la severidad predecible del sacristán piadoso, riguroso, tembloroso y obediente. Tocaba el turno de la embajada griega. La chiquita morena de los pechos grandes que aprendió lo justo para vender en una joyería a la que pretendía acceder gracias al atractivo de sus dos tesoros frontales, más que cualquier valoración de su conocimiento.

Descubrí al silencioso del Peloponeso, blanco, rosado y con más kilos de los que sus huesos medianos probablemente podían soportar y un cabello largo y siempre limpio. Descubrí su interés creciente en las piedras, los instrumentos y los libros y una disciplina desconocida hasta ahora por él mismo, su familia o sus nuevos compañeros. De permanecer echado sobre el microscopio y copiar en los exámenes, pasó a estudiar cada día, a tomar notas, a preguntar con su voz ronca y queda todo lo que no entendía, y a fijar sus ojos en mí cada vez que percibía que me alejaba. Comenzó a acertar nueve de cada diez ensayos de identificación gemológica de manera rigurosa e inició un registro de todas las que reconocía. Le vi llegar una hora antes que sus compañeros y quedarse a mi lado conversando despacio, mientras yo terminaba el ritual de preparar el material teórico y de laboratorio para la jornada.

Tenía unos ojos grandes y verdes con forma de almendras del bosquecillo del pueblo. La nariz era recta y mediana, la boca carnosa y roja, la barbilla partida, el cuello largo. El cuerpo gordo había desaparecido en un mes y ahora llevaba vaqueros nuevos y ajustados, y camisas limpias. Me perseguía con la mirada de su cara hermosa y con sus ojos húmedos y serenos, obligándome a devolverle la mirada.

A veces no lo escuchaba llegar porque el celador le abría la puerta y la moqueta amortiguaba sus pasos cuidadosos. Entraba a la penumbra del laboratorio iluminado escasamente por la lamparilla que yo usaba para trabajar. Se acercaba lentamente hasta quedar a un suspiro de mi cuello, erizado con sus *buenos días* en el mejor castellano que comenzaba a aprender en quién sabe qué calles de la ciudad. Yo me giraba en el taburete para encontrar la mirada que me acurrucaba en medio del silencio y el frío de la escuela solitaria a esa hora de la mañana. *Buenos días*, le decía susurrando. Él respondía algo sencillo o preguntaba por el significado de una palabra en español que hubiera oído el día anterior o hacía por mí la repartición del material o me pedía que le ayudara con una piedra.

A golpe de hablarme tan quedo me obligaba a acercarme; a golpe de rozarme las manos, el cabello y los brazos, puso un ritmo en mi corazón que no recordaba desde la escuela de bellas artes de mi adolescencia. Cualquier día dejó de ser un roce. Se acercó por detrás, me atrapó con los brazos; me quitó la pinza de la mano, me besó el cabello que me caía al lado derecho, lo retiró con su cara hasta encontrar mi nuca y la besó. Quedó atrás el silencio y la quietud de sus movimientos, adueñándose de todo lo que pudo, despertándome del frío en mi interior durante ese

invierno crudo de Madrid a tres grados bajo cero. Y habló para decir más tarde o más temprano las pocas frases que intercambiamos en el tiempo que le quedaba: *te quiero para mí; me quemó por dentro; por favor, quédate; no salgas corriendo; no tengas miedo*. Pero lo tuve todo el día y toda la semana y parte del mes que aún quedaba antes de que volviera a Grecia.

Por primera vez dije en clase sólo lo justo, presenté el discurso más sereno hasta el momento sin poder evitar sonreír a mis estudiantes que ese día se confabularon para preguntar sobre mi vida, mis gustos, mis preferencias. Les respondí y me reservé el resto. Se dieron cuenta y dijeron que era un misterio tras mis ojos grandes y negros. Finalmente quedé en la paz escasa que había dejado la mañana de manos y besos y que me esperaba después de que las manos grandes me atraparan; después de pedir ayuda con una y seis piedras, obligándome a mirar en su microscopio sin que él se moviera de su asiento, firme, sin derecho ni espacio para huir del cerco.

No quiero recordar las semanas y meses que llamó recordándome que ninguno de los dos quería mantener la promesa de no seguir juntos a su vuelta a Grecia. *Quiero un hijo tuyo... ¿Si, bueno?* Diez oraciones recitadas que, de repetirlas con otra, probablemente lo llevarían muy lejos. Pero esa es otra historia y con esta que he contado me quedo. Lloré, él también lloró y quedó para siempre en mi memoria como el único hombre a quien le creí todo lo que me dijo. Fue poco, apenas nada y me devolvió al mismo Madrid de ochocientos años, a una vida que dejó de ser media; a mi cuerpo y mi edad recuperados; se llevó el cansancio entre sus dedos y se llevó la depresión vieja a su viejo Peloponeso.





Se escriben
cartas de amor
y de las otras

EL CALOR SE HABÍA QUEDADO QUIETO EN LAS CALZADAS y aceras dejándonos en el siempre vano oficio de esquivarlo a golpe de ropa fresca, pasos lentos y pañuelos de algodón. Los humos de los autobuses se pegaban a las fosas nasales y a la garganta; los pregoneros de refrescos de todo tipo no daban abasto.

Así que andábamos despacio, a la sombra de cualquier muro, portal o árbol, yo con zapatos diminutos blancos y calcetines de crochet que tallaban mis piernas flacas. Mi padre llevaba uno de sus eternos pantalones azul marino y una camisa blanca de algodón, almidonada y planchada. *Se Escriben Cartas de Amor y de las Otras*, rezaba el cartel que me señaló. Estaba escrito en tinta negra sobre el cartón de alguna parte de la caja de cigarrillos Pielroja.

Detrás del cartel y de la caja estaba aquel hombre pequeño frente a la vieja máquina de escribir Olivetti, que sonaba rítmicamente al son de los dedos que la golpeaban. Mi papá, que me llevaba sujeta de la mano, me explicó, en respuesta a mi pregunta, que lo hacía para aquellos que no sabían escribir o que sabían escribir pero no cartas.

Estábamos todos sobre aquella acera polvorienta y seca del centro de la ciudad y el hombre había montado su negocio en la puerta del Banco del Comercio, frente al Centro Cívico que albergaba

juzgados y un sinfín de vendedores ambulantes de papel timbrado, estampillas, formularios impresos, café en tacitas, agua de panela, masato, agua de arroz –¿quizá avena fría?– y arepas. Me preguntaba cómo hacían los clientes del escribano para verificar el contenido de aquellas cartas y yo misma me respondía que quizá él mismo las releía en voz alta para ellos.

No sé por qué lo recuerdo... Siempre limpio y puntual, entregaba las cartas al término de su escritura, cobraba sus monedas y atendía al siguiente cliente con la cortesía y neutralidad de los profesionales serios. Fueron muchos años después de la muerte de mi padre que supe la historia de este hombre pequeño. Había nacido en Cartagena de Indias, en el segundo de los tres embarazos de su madre. Era el único de los hijos nacido con la piel morena, dejando en evidencia alguna negritud en sus venas. En Latinoamérica dicen que no hay familia que aguante tres golpes, refiriéndose a que no pasan tres generaciones de norteamericanos, europeos o asiáticos que no sucumban a lo indio o a lo negro.

No recuerdo su nombre pero sí sé que lo apodaron El Negro para dar buena cuenta no sólo del color de su piel, sino del negro carbón de su cabello liso. Aparte de negro peliliso, solamente creció hasta los trece años y así se diferenciaba del resto de niños de su curso y de su barrio, descendientes de estirpes dermatológicamente puras y métricamente sanas. De no haber sido el único en su familia con la piel canela recortada quizá habría tenido la oportunidad de crecer –figurativamente hablando– sin el complejo de feo que lo acompañó durante tanto tiempo. Pero era el único, el memorándum familiar de algún desliz pasional en alguno de los miembros del impecable árbol ancestral más democrático de lo que su ambiente de derechas

consideraba perdonable. Se dedicó a tres cosas: estudiar, ser encantador y tocar la guitarra. Estas tres cosas le bastaron para ser motivo de orgullo para su familia, para ser solicitado por los amigos y para acercarse a las jovencitas que de otro modo sólo veían en él al niño negro pasmado en la adolescencia.

Como cualquier bajito que se respete, se enamoró de la más alta, de la más estilizada y de la más solicitada. Creo recordar su nombre: Carola Smith... Era alumna del internado irlandés de la ciudad gracias a que su madre la había abandonado, su papá era un alcohólico y su aristocrática abuela había decidido salvarla del arrabal de la vida a donde van a parar las niñas engendradas por madres *contra natura*, internándola en aquella cosa pseudo irlandesa.

Su belleza, la tragedia de su vida y el halo de melancolía que la envolvían la hicieron irresistible para El Negro. A partir del día que la conoció, empezó a componer canciones y a cantarlas en las noches de ronda con los amigos y en las serenatas que se daban a las novias, a las madres y a las abuelas. Cuando Carola cumplió catorce años, su voz se escuchó alta, clara y profunda bajo la ventana de aquel internado maldito que lo dejaba en un papel más patético que el de un Cyrano de Bergerac, pues, no sabía lo que era ser negro en Occidente en ninguna época. La serenata fue recordada y consiguió que Carola le hablara el siguiente fin de semana, cuando le dieron permiso de salida. Conversaron dulcemente acerca de su vida en el colegio, sus materias preferidas, sus dificultades con las matemáticas, su vida pequeña. Él habló poco de sí, le ofreció ayuda con las matemáticas y le volvió a cantar estrofas de las canciones.

A partir de entonces el Negro comenzó a escribirle cartas largas, nítidas, largamente meditadas. Toda la pasión de

su adolescencia recortada, toda la idealización forjada por sus hormonas acumuladas y toda la intensidad del amor sentido empezó a gotear en las cartas, luego a chorrear y, por último, anegó las misivas que entregaba al jardinero del colegio, previo pago de unas monedas que el pobre hombre agradecía. Ella le contestaba tantas veces como él escribía, con su letra menuda y su redacción sencilla, parca en términos afectuosos y prolífica en el relato de sus días.

Se casaron cuando ella terminó el bachillerato y él cursaba cuarto semestre de ingeniería. Ella murió en su primer parto y también el niño. Fue una relación perfecta, no tuvo tiempo para el hastío, la crítica ni el desencanto. Como cualquier mujer que se precie y aprecie cada momento vivido, se fue en lo mejor de la fiesta y dejó en él la experiencia de haber sido amado sin condiciones, sin peros, sin reservas.

Lloró tres años seguidos entre planos, maquetas y cálculos; se graduó con honores para beneplácito de su familia; administró el negocio familiar de venta de pinturas hasta muy entrado en los cuarenta, y hasta la muerte de sus padres y hermanos en un accidente automovilístico.

Vendió todo lo que poseía, lo depositó en el banco a renta fija, desempolvó la máquina de escribir y se instaló en la puerta del Banco del Comercio con su cartelito, sus hojas de papel, los sobres, la estilográfica y el papel secante para que los clientes firmaran las cartas después de que él se las leía.

Tenía cuatro talentos: compensar carencia; descifrar los sentimientos, los deseos y los sueños en código de palabras cantadas; calcular y ejecutar operaciones precisas; y hacer olvidar que era pequeño, obligando a verle enorme desde su estatura... Aún lo recuerdo...





El bicho

A Gaby

ESTA ES LA CORTA HISTORIA DE UN BICHO RARO. TENGO entendido que la *National Geographic* se refiere a él como una especie en vías de extinción. Así que, si no pueden encontrar alguno, ya saben...

Había nacido en las costas tropicales del mar Caribe, cerca de la desembocadura de un río enorme, marrón, que tenía caimanes de los que iban y venían. También dicen que había salido de un huevo que caído por accidente en el patio trasero de una casita del Barrio Abajo, tan en alza por aquellos tiempos, en aquella pequeña ciudad polvorienta, seca y nacida de barrancos. El huevo se le había caído a un escocés de pura cepa que paseaba por la orilla, harto de esperar en el puerto las cartas de un tal Libertador y de su reina.

En aquellos tiempos no era raro encontrar escoceses con uno o más huevos enormes. Me cuentan que era el requisito exigido a los bucaneros que pretendían enrolarse como defensores de las orillas de las indias.

Habría de pasar una generación entera antes de que lo encontrara un de los seis descendientes de doña Ismaela, que caminaba descalzo buscando al gato criollo que se le había perdido un día atrás. Doña Ismaela había tenido seis hijos, sin contar aquellos

que criaba por no soportar que a un niño le faltase alimento, ropa o bebida. Así que seis hijos de tiempo completo:

Pablo, el mayor, ojiverde y manilargo, viajaba todo el día en la imaginación y con la obstinación que heredaría de aquellos escoceses.

La segunda, Emily del Carmen, tenía ojos de gata, con los que miraba los materiales de los que estaban hechos los sueños. Desde pequeña adivinaba los sueños de otros y ponía en marcha los suyos. Era fácil encontrarla armando escenarios, organizando concursos, inventándose dulces para engatusar a todo incauto y batiendo las pestañas para abanicarle las resistencias a cualquiera.

El tercero se llamaba Blustafio por un motivo desconocido hasta hoy. Tenía los ojos de melaza revuelta, el pelo crespo, la piel morena y mentía con descaro. Soñaba con fortunas para él y para todo al que amara.

Luego venía la cuarta, la que siempre andaba descalza, sobando gatos, trepando árboles, cantando con una vocecita despistada; hablaba poco, observaba mucho y jugaba ensimismada con cualquier muñeca. La llamaron Isabela.

El quinto era una ternura morena, ideal para coquetear y que nadie lo supiera. Lo llamaron Teodoro, Teo Carabela.

La última vino a enseñarle al mundo a no esperar más de lo que la realidad concediera. Bailaba lo que le pusieran, pintaba y dormía pegada siempre a una almohada apestosa de tantas babas en noches infantiles serenas. Se llamaba Teresa.

Fue Isabela quien encontró el huevo aquella mañana de junio, tres días después de finalizar la primavera. Lo guardó cuidadosamente en el bolsillo de su delantal, lo llevó al gallinero y lo metió debajo de la gallina más vieja. Al tercer día se escuchó un alboroto

de aleteos, picoteos y quiquiriquíes. La noticia que esa mañana corrió por el vecindario era que una de las gallinas de doña Ismaela había empollado un bicho.

Era larguirucho, flaco y lánguido; saltaba sin parar primero de rama en rama y luego de árbol en árbol. Pasó mucho tiempo antes de que diera señales de vida y fue Teresa quien finalmente se le acercó y lo tocó con delicadeza. Él se dejó, en silencio, pero se dejó. Tenía la piel suave al tacto y a la vista, los dedos largos y huesudos, los ojos del verde amarillento que se cría en el Caribe, la boca era una línea recta y el cuerpo lampiño, no tenía un solo pelo que no estuviese en la cabeza. En un solo día orinó desde la rama más alta la sopa que las niñas preparaban en su juego de muñecas, aporreó las cuerdas del piano de cola que el escocés había traído en el barco, rompió el sagrado catalejo, única reliquia de un pasado de mares y, por último, se metió en el escritorio de Isabela. Salía temprano cada mañana para cazar moscas con la lengua, ponerse al sol, perseguir niños y espantar viejas.

Durante el resto del día se escondía entre libros y papeles desperdigados sobre las mesas; de noche, entre almohadas y sábanas recién planchadas por una doña Ismaela resignada a la suerte de albergar criaturas tan diversas. A falta de escondites lo encontraron más de una vez en el armario de licores que el escocés abastecía de whisky de malta en botellas numeradas a mano. Nadie sabe a ciencia cierta por qué el bicho podía beberlo sin enfermarse y hay quien dice que quizá tenía por ancestro algún descendiente del monstruo del lago Ness. Un hic-hic etílico o un ronquido huérfano era lo único que se oía salir de aquella alacena que escondía a la criatura. Raras veces la bebida terminaba en catástrofe aunque sí acababa con las salidas al patio asustando gallinas, viejas, niñas y otras especies.

Terminaron por llamarle “El Flaco” en aquel Caribe en el que los mote le economizan el nombre a cualquiera. Terminaron por cuasi domesticar su espíritu y su rareza, pero no alcanzaron a domarle su afán de gallineja. Intentó volar de mil maneras, porque no había quien pudiera meterle en la mollera que su nacimiento de gallina había sido un accidente; insistía en perseguir pájaras, levantar la mirada al cielo con nostalgia y escribir poemas.

Desapareció un día cualquiera. Fue durante la limpieza general de la casa que los niños encontraron algún consuelo por su pérdida:

En la repisa de los libros del primero –Pablo, el de los ojos de hierba–, una brújula para hallar el rumbo en viajes y sueños.

En la casa de muñecas de la segunda –Emily del Carmen, la de los sueños–, un manual de amores soñados tejidos, tenaces y lealtad a prueba de avatares.

Encima del frasco de gomina del tercero –Blustafio, el de los cuentos–, el unguento para encantar serpientes, mujeres, niños y otras criaturas.

Sobre la mesita de noche de la cuarta –Isabela, la despistada de las muñecas–, una bolsa de palabras y una piedra grande para mantenerla pegada a tierra.

En la bolsa de la merienda del quinto –Teodoro Carabela–, tres toneladas de trabajo fuerte y ternura sin barreras.

En la caja de risas de la sexta –Teresa, la de la realidad llevadera–, un dispositivo especial para callar lo que se espera.

Nunca se supo por qué dejó esas cosas. Se supo que desde entonces todos caminan con cuidado, a todos les encanta andar descalzos y siempre miran con esmero, a la espera de encontrar bichos raros y traviosos.





Doña Martirio Culpaimedia

NO SÉ A QUIÉN SE LE OCURRIÓ LLAMARLA MARTIRIO NI quién añadió la *i* para luego pegarle el *media* como etiqueta auto adherente que luego no hay quien desprenda, pero lo cierto es que las cuatro palabras hicieron del acento circunflejo a esa criatura larga, huesuda, enjuta y amarillenta. No lo sé, pero sí sé que cualquiera de sus allegados habría podido añadirle el elemento de *culpa* para referirse a ella.

Martirio Culpaimedia...

Culpaimedia la llamaron quienes sobrevivieron a su asignación de culpas de todo género. No era abogada, periodista ni política. A Martirio sólo le hacía falta oír el relato o presenciar los hechos para hacer uso de su superioridad moral, calcular faltas y bondades, errores e imperfecciones, desviaciones de la regla, ideales a seguir, experiencias propias y ajenas y, en un santiamén, dictar la sentencia. Aún recuerdo los ojos entornados hacia el techo en una reflexión profunda, el suspiro leve, el cuerpo erguido, la cabeza tiesa y la boca que se abría articulada y lentamente para iniciar el discurso que comenzaba siempre con algún tipo –velado o no– de descalificación personal.

El día que mataron a Kennedy fue la primera vez que la vi llorar, cosa que me sorprendió porque Culpaimedia no lloraba delante

de los niños; algún manual alemán de higiene decía que afectaba al crecimiento. Una vez, sin embargo, confesó que sí se le quedaban atrapadas las lágrimas en la garganta con ocasión de las palizas que propinaba a sus hijos. Pegarles la dejaba extenuada como resultado de la expresión de la ira y la magnitud del esfuerzo.

No fumaba, no bebía, no trasnochaba y se jactaba de necesitar únicamente música para bailar a cuerpo suelto. Música y un reguero de multivitaminas traídas expresamente de los Estados Unidos, previa bendición del general Surgeon en la etiqueta. Las medidas 90-60-90 que conservó hasta los años 80, el cuidadoso ritual de belleza, el estricto horario de rutinas, el diseño de sus propias vestimentas, la tendencia a justificar todo lo que hacía y a racionalizar todo lo que no entendiera, facilitaban a Martirio aprobar cualquier examen y anticipar cualquier crítica, acusación o sentencia. Sólo quienes la veíamos de cerca sabíamos lo de las estrías en las uñas, los dientes móviles desde los cuarenta, el calzado una talla más pequeña o la ternura que desplegaba hacia los recién nacidos, los perros y los adultos indefensos.

De esto último doy fe porque fui una de esas criaturas que calificaban como indefensas, no sé si gracias a que perdí a mi madre desde los cuatro años, porque me enfermaba frecuentemente o porque lloraba cuando salía de paseo, cuando regresaba de los paseos, cuando tenía hambre, cuando no quería comer, cuando quería comer, cuando me llamaban fea, cuando me caía, cuando quería ir al baño; lloraba antes de dormir y siempre al levantarme. Quizá me adoptó como hija ajena porque siempre encontraba algún motivo para peinarme, subirme y ajustarme los pantalones a la cintura; doblarme bien los calcetines; estirar las blusas debajo de las faldas; aplastar los rizos que siempre escapaban de

la banda elástica que sujetaba mis coletas. No lo sé. A veces pienso que, como tantos otros que fuimos moldeados por sus buenas intenciones, Martirio vio el potencial en mí.

Su punto de cruz podía apreciarse por el derecho y el reverso, sus ojales habrían pasado la inspección de Saint Laurent si se hubiese dignado a visitarlo. No cocinaba –para eso estaba el servicio doméstico– pero las prendas de lino perdían sus arrugas –tan Adolfo Domínguez– bajo su almidón, su plancha y su insistencia. No había libro que no fuese analizado minuciosamente y no había halago, validación o aprobación que no incluyera el vocablo *perfecto* o *perfecta*.

Autoproclamada, por tanto, consejera, Culpaimedia era muy solicitada por legiones de mujeres y hombres que sufriesen del terror a equivocarse. Todo aquel que quería pasar por la vida sin cometer errores, todo aquel que quisiese evitar la crítica, garantizarse la toma de la decisión *correcta*, evitar el castigo, ahorrarse terribles experiencias, arriesgar la reputación, la maledicencia y, sobre todo, la pérdida del control de su existencia, acudía a doña Martirio.

Se pasó casi un cuarto de su vida dirigiendo vidas ajenas, otro cuarto ocupándose de su belleza y la otra media vida la dedicó a evitar la complacencia. Odiaba la debilidad, lo ordinario, lo vulgar y la pobreza. Los pobres eran invariablemente el resultado de algún desacierto, alguna torpeza, alguna falta de inteligencia o de negligencia. Adoraba el orden, la limpieza, el éxito reconocido, la afluencia, los preparativos, las agendas, la prudencia, los procesos minuciosos, la inteligencia, la belleza indiscutible y la certeza. Cada uno de sus zapatos se conservaba en una horma, las que guardaba en una funda de fieltro, con sus iniciales bordadas en

letra palmer blanca. Las perchas en el armario estaban alineadas hacia el fondo para facilitar el movimiento de muñeca con el que sacaba la prenda. Los flecos que encabezaban las alfombras persas eran peinados a diario con un peine para bebés que debía conservarse en una de las esquinas del tapete, cerca de la pata derecha de la mesa. Las sábanas de las camas debían templarse hasta que pudiera saltar sobre ellas una moneda. Los cabellos en las cabezas de sus hijos debían desenredarse desde las puntas hacia la raíz. El champú debía ser aguado para evitar la concentración de detergente sal que obligaba forzosamente la industria cosmética. Las uñas debían ser cortadas siguiendo la curva natural del dedo y siempre con tijeras. Los cortaúñas eran de mal gusto y las limas debían usarse siguiendo siempre la misma dirección, hacia dentro o hacia fuera. Aparte de seguir el protocolo de mesa americano, servir los alimentos con moderación y no hacer ruido mientras se comiera, las porciones servidas debían mantener una apariencia agradable y estética. Elevó la labor de empacar una maleta a la categoría de arte. Empacaba siempre los objetos planos en el fondo, luego las carteras, luego las prendas firmes, luego las más ligeras, los zapatos, dentro de sus bolsas de fieltro, acomodados individualmente entre espacios vacíos; los cinturones estirados y los objetos frágiles envueltos en calcetines y lejos del contacto con los laterales de la maleta.

Se debía caminar siguiendo líneas paralelas para que no se movieran las caderas, el cuerpo erguido, los hombros relajados, sin mirar las aceras. A una escalera se le miraban los escalones apenas te acercabas a ella, pero una vez calculada la dimensión de cada escalón, había que bajarlas mirando al horizonte y evitando el uso de la balaustrada. Los pasamanos y los respaldos de las sillas eran utilizados por las

personas sin disciplina, proclives a la pereza. La ropa interior era lo que en verdad determinaba a qué estrato social pertenecías. Debía estar impecable y hacerte sentir hermosa *desde dentro* –*belleza interior*, creo que era el término que usaba–. Los hombres debían usarla blanca y evitar transparencias. Y todas las blusas y todas las camisas estaban o debían estar diseñadas para ser metidas dentro del pantalón, la falda o el *culotte*. Los calcetines y medias debían estar ajustados perfectamente a la punta del pie y al talón. La improvisación se dejaba para el jazz y las orquestas en las fiestas.

Cualquier desviación de todas estas exigencias suscitaba dos reacciones básicas. Una era la crítica y la otra, la compasión. Cualquiera de las dos las cometía sobre todo aquello que no satisfacía los estándares que impusiera la civilización –el pobre fulano, la pobre mengana– auxiliada por una condescendencia y una intolerancia ante las diferencias.

¡Ay! Martirio...

Fue en torno a los cuarenta que Culpaimedia se dio cuenta de que aquello de la perfección, las garantías, la certeza y el desarrollo no seguían la ruta propuesta.

Le ocurrieron dos grandes sucesos. Aunque lo correcto sería decir que sucedieron durante la vida de Culpaimedia porque, la verdad sea dicha, no le sucedieron directamente a ella. A mí me queda la tendencia a narrar la historia como ella y a ella le suceden las experiencias ajenas. El primer golpe inequívoco que hizo tambalear sus creencias vino de la mano de su primo Gerardito Cerillas –Randy, como lo llamaban los más allegados–. Gerardito era una cosa blanca, pecosa y con la cabeza llena de un pelambre encendido, que también se le había instalado en las cejas, las pestañas y en la pelusa que cubría sus antebrazos, la espalda y las piernas. Hijo legítimo y único de su tío

Augusto y Merceditas, Gerardito siempre había calificado como ser humano e hijo *perfecto*. Desde muy pequeño saludaba a los adultos con un apretón de manos, se despedía de las señoras con un beso, desplegaba una sonrisa blanca de dientes dibujados con regla, obtenía excelentes calificaciones en el colegio, pertenecía al equipo de fútbol, al coro, a los Boy Scouts y, en su juventud, ingresó al Club Rotario para participar en las actividades a favor de los pobres, la libre empresa y las relaciones sociales que merecían la pena. Un gran bailarín, un conversador nato que se mantenía actualizado sobre los temas políticos, culturales y sociales. Casi olvido mencionar que tocaba la guitarra magníficamente, talento que estrenó con una serenata a su madre en alguno de sus cumpleaños y en alguna de sus fiestas. La costumbre la continuó con las que fueron sus novias y terminó el día antes de su matrimonio con una jovencita del centro del país que conoció en casa de un compañero de la Facultad de Veterinaria. De todas las novias que había tenido, era la más sencilla, formal, agraciada; la jovencita más *correcta*.

Gerardito era tan encantador que pocos notaban aquellos ojos desiertos que miraban fijo y una expresión de asco en la boca cuando pensaba que no lo estaban viendo. Por eso resultó tan difícil creer que había abusado de una jovencita de catorce años; por eso fue tan terrible leer en la prensa las múltiples demandas que sucedieron a esta, casi todas eran pacientes que afirmaban haber sido forzadas, violadas o acosadas en su consultorio de veterinario, después de las seis de la tarde, cuando la auxiliar se iba a casa y en la consulta sólo se escuchaba el maullido o el ladrido de algún animalito convaleciente y a la nariz llegaba el olor a creolina.

A Martirio se le vino el alma al suelo. Lo llamó inmediatamente, le ofreció su apoyo incondicional con la certeza de que todo el asunto no era más que una venganza fraguada por los envidiosos de su innegable éxito. Pero el apoyo fue insostenible después de que su hija mayor le confesara que eso mismo le había sucedido a ella, en esa misma camilla para perros y bajo esa misma pelambreira roja, con mascarilla blanca incluida y con amenazas a su reputación si se lo contaba a cualquiera. La había persuadido de ser ella quien lo encendía y le anticipó la vergüenza y la culpa que sentiría cuando todos supieran que volvía cada año al examen de rutina de su perra pastor alemán.

Vi a Martirio derrumbarse, llevarse ambas manos a la cabeza sentada en su mecedora de mimbre, en silencio, largo rato, hasta que anocheció y la vino a despertar del letargo la pregunta de la cocinera sobre lo que habría de preparar para la cena. Mentiría si dijera que su reacción fue intempestiva porque no lo fue. Sé que abrazó a su hija –gesto tan raro en ella–, que le preguntó el porqué de su silencio; que al día siguiente ya la había llevado al psiquiatra y que dejó de llamar a su primo tan asiduamente.

Pero algo cambió en Martirio para siempre. La lengua vitriólica que utilizaba para señalar imperfecciones a la humanidad quedó suspendida temporalmente. Se le oyeron comentarios acerca de sus hijos que casi parecían cumplidos; aprobó la elección de Bellas Artes de uno de ellos y dejó de instar a su preferido para que se hiciera diplomático después de estudiar Derecho. La magnitud de su error de juicio sobre el carácter *perfecto* de Gerardito acabó con su creencia más profunda: *yo nunca me equivoco, soy justa, soy una mujer correcta.*

Ella cuenta que el segundo suceso fue develar la cadena de amantes que le descubrió a su marido ya muerto y entre las que se incluía una

india, dos negras, una empleada de la fábrica, una excompañera del Colegio María Redentora y la hermana de su mejor y única amiga, Gabriela. Pero la verdad es que el segundo gran cambio vino cuando se dio cuenta de que en su vida estaba sucediendo lo que en todo Occidente, Oriente y Oriente Medio: a sus hijos les florecieron las compulsiones o tendencias de la época. Su primogénito empacó la maleta y se lanzó a un viaje en *auto-stop* en el que atravesó Europa, América del Norte y Centroamérica; a su hija mayor, la perfecta, la diagnosticaron anoréxica; el tercero, el más guapo, el más sensible, el encantador, el que la mimaba y protegía, se declaró gay antes de llegar a los treinta; la cuarta se perdió por los caminos torcidos de los libros con sus renglones rectos; al quinto, político locuaz y carismático, lo mataron después de haberse convertido en artista y haber abandonado el hogar materno para pintar barbaridades en un pueblo pesquero. La sexta hija, la que por motivos insospechados resultó ser callada, se casó antes de terminar el bachillerato y fue madre en muy poco tiempo. El éxito económico conseguido por ellos estaba prendido con alfileres gracias a la economía sumergida o al gasto irreflexivo. Sólo le quedó la fantasía desaforada de éxitos y hasta los ochenta años de edad la escucharon hacer planes para su próxima cirugía estética.

Después de estos sucesos no podría establecer a ciencia cierta qué día y en qué fecha empezó a colmarse la copa de su paciencia y comenzó a cambiar, pero creo que coincidió con un diagnóstico de colon irritable y con la noticia de que su quinto hijo, el político muerto, tenía una cuenta en Suiza y un testamento fichado por la CIA y la DEA por lavado de dinero negro. Hubo que explicarle una y otra vez lo de la lavandería porque jamás había leído que el dinero podía dejar de ser vil, podía limpiarse y, además, podía guardarse tan cuidadosamente, jurisprudencia de por medio.

El médico que la diagnosticó fue respetuoso, cauteloso, firme y sincero. Le explicó algo sobre el sistema nervioso y los procesos de somatización; le dijo que no podía seguir matándose de hambre para luego abandonar las dietas; tenía que aprender a relajarse, debía asistir a psicoterapia y tomar tranquilizantes que no fueran los que se autoprescribía desde los años cincuenta.

El testaferro fue encantador, galante, el tipo de hombre que guarda la promesa velada de evitarle el desamparo a cualquiera. Le explicó sobre los dineros que llegaban a los escritorios del gobierno, dineros que generaban riqueza, empleo y un bienestar que los negocios cotidianos de un mundo en recesión no podían ofrecer a los ciudadanos trabajadores y honorables como ella. Le enumeró todas las firmas conocidas, las empresas y las tiendas que eran, en efecto, lavanderías mantenidas por conocidos de Martirio o por figurines de la prensa.

Inicialmente ganó lo *correcto*. Se tomó los tranquilizantes, se inscribió en clases de yoga y se inició en las andaduras requeridas para conseguir *el* terapeuta. Asistió a varias sesiones, pero cuando el terapeuta le habló de su uso excesivo de controles y de la necesidad de soltar las riendas, se le colmó la copa de la indignación ante tanto desacierto, falta de responsabilidad y laxitud de conciencia, típica de aquella criatura hijo de Fulano Cepeda, un médico de familia que murió pobre por atender a la gente de dudosa ralea, sin visión de futuro, ambición ni cabeza. La cuarta sesión la cambió por una profunda y minuciosa reflexión.

La conclusión a la que llegó fue que no se había esforzado lo suficiente. Si hubiese insistido más en guardar las apariencias, en haberse abstenido de hacer confianzas; si hubiese dicho esto y aquello en su justo momento; si hubiese sido más firme con su marido; si le hubiese

dado cuatro pescozones a su hijo para que no se fuera; si hubiese sido más asidua al gimnasio y un largo etcétera que comenzó a enmendar el siguiente lunes después de una dosis doble de vitaminas y magnesio... La insistencia en esforzarse le duró hasta que cumplió sesenta años bajo el lema de que siempre había algo que mejorar, como llamaba ella a su necesidad de ser perfecta. Cuando llegó a los sesenta ya no pudo más. Su cuerpo se le escapaba como agua entre los dedos a golpe de flatulencias, retenciones de líquido, estreñimiento o diarrea.

Sólo entonces se sentó a ver la televisión que había prohibido a sus hijos. Seguía todas las telenovelas y terminó tarareando la música de las propagandas de detergentes, fijadores para el cabello y papel higiénico. Las carnes se le empezaron a aflojar, le crecieron las nalgas y dormía cuatro horas de siesta. La esperanza en un futuro noble para la humanidad, formado a base de trabajo fuerte, honrado y una moral intachable, empezó a perderse entre noticias e información encontrada en los documentales que, pensó, podían mejorar su educación y su esmerada cultura. El día que escuchó que los países desarrollados tenían las tasas más altas de drogadicción y los gastos más altos en artículos inoficiosos concluyó que todos los hijos del mundo –para doña Martirio los habitantes del mundo, antes que personas, eran hijos de padre y madre, cualquiera que estos fueran– eran unos desagradecidos, confundían calidad de vida con pereza y ya podían todos prescindir de ella. Su oficio de juez quedó suspendido, las críticas cesaron y la vida se detuvo durante un año de existencia.

Lloró durante meses las culpas que había infligido y esta vez le dolieron las que había asignado a la humanidad entera. Ventiló la ira de siglos mientras se deshacía del cúmulo de chécheres, perendengues, recuerdos, recortes de prensa, cartas viejas, reli-

quias, fajas de alambre, zapatos pequeños, cinturones incómodos, todos los manuales de buenas costumbres, protocolos y lecturas morales, coleccionados durante décadas. Jamás se le había ocurrido pensar que acumular tantos objetos no era un asunto de precaución o de darle valor a las cosas buenas, sino también una falta de esperanza en que el futuro le depararía una vida plena. Abrió armarios y despensas, sacó todo de cada anaquel, cada caja, entrepaño y maleta para seleccionar sólo aquello que había utilizado en los últimos tres años. Creo que lo hizo guiada por uno de los consejos que encontró en la revista *Harper's Bazaar* que compraba regularmente.

En las bolsas de basura que salieron de su casa esa semana podrían haberse encontrado dientes de leche de niño, papeles de seda amarillentos, facturas de teléfono que databan de treinta años atrás, botones solitarios, la manija de cobre del tocador de su madre ya muerta, las cucharillas con las que batía la leche de los biberones de sus hijos, cordones sin pareja, carteras que aguardaban para ponerse de moda otra vez, viejos frascos de perfume y las florecitas de cintas de satén desprendidas de los pantaloncitos tejidos con los que había vestido a sus niñas a una edad tan tierna.

Pocos se enteraron de que el volumen alto del televisor no obedecía a la sordera. Martirio Culpaimedia despotricó por su ingenuidad, su inocencia añeja, su esperanza cifrada en ajustarse a parámetros venidos de fuera *–he sido una tonta, he sido una crédula, esto me pasa por darlo todo y ayudar a la gente, esto me pasa por buena, todo el mundo sabía lo que estaba sucediendo excepto yo–*. Aprovechaba las presentaciones televisadas de Pavarotti y las películas del Oeste para dar salida a su desafuero, su dolor,

su resentimiento y su pena. Las telenovelas le refrescaron sus dolores y carencias. Revivió el desamor de su madre, la añoranza por su padre muerto, los castigos infligidos, el desencanto de su matrimonio, la infidelidad de la pareja, el cansancio de los hijos, las esperanzas truncadas, la pasión acallada, la traición de las amigas, la desfachatez de su iglesia, las alegrías sencillas, las sorpresas, el éxito de los humildes, la bondad de la gente. Esta vez quedó agotada sin dar pescozones, sin culpar ni dictar sentencias y, por primera vez, su nombre y apellido le parecieron un absurdo, un peso sobre su vida, una inconsciencia.

Su nombre de pila, el que había heredado de su madre y había dado en herencia a su hija, había marcado un destino terrible para esas tres Martirios que tenían en común haber perdido un hijo y jamás haberse recuperado de la pérdida. Su madre, Martirio Helmancia, había sido la hija ilegítima de un tío paterno enamorado de una prima lejana hermosa, pobre y virgen, que la familia le había puesto como cebo para pescar cualquier indicio de homosexualidad en él. El primo de dudosa orientación sexual perdió el aliento y cualquier duda sobre su identidad de género cuando conoció la mirada azul violeta de esta niña dulce, a la que se unió para que más tarde saliera la inolvidable Martirio Culpamedia. No heredó ni los hermosos ojos azules de su madre, ni su piel de porcelana, ni las manos pequeñas, ni los pies de geisha, ni la nariz de botón. Sólo heredó la cabellera ondulada de niña, la risa sorprendentemente socarrona y el gusto por las prendas bellas. Martirio Helmancia perdió a su último y hermoso hijo de ojos azules violetas en las aguas del río marrón que baña estas tierras. A la muerte del hermano de Martirio le siguió el luto que la madre vistió hasta el día de su

muerte, dejándole la difícil tarea de criarse sola bajo el amparo único del amor incondicional de su padre, tan huérfano ahora de amores como ella.

De la muerte de su propio hijo, Martirio Culpaimedia jamás se recuperó y pasó en herencia a su última hija el luto perenne de las madres que intentan sobornar a Dios para que se las lleven muertas. No pasó a esta hija los ojos violeta de su madre ni los pies diminutos ni las manos pequeñas. Martirio Eulalia parecía un cervatillo de ojos enormes y negros, callados y solitarios, con esa belleza sin tiempo, la mirada y la piel de niña, el cabello suave y la figura esbelta. Fueron tres Martirios y sus tres hijos muertos los que ahora lloraba frente a las lápidas de su hermano, su hijo y su nieto.

He perdido el hilo de lo que decía y ahora debo contar que la decisión de hacer *lo correcto* duró lo que tenía que durar, lo que tarda la vida en dar sorpresas. Aquella hibernación tele-novelesca terminó intempestivamente el día que entregaron el Oscar de la Academia a la película *American Beauty* y la gota terminó de colmar la copa; se derramaron todos sus puntos de referencia para formar así la línea de puntos suspensivos en la que se convirtió su existencia. Se precipitó al vacío su adoración por lo que ella llamaba el sistema de vida americano, la vida planificada, el control, las metas. Martirio Culpaimedia apagó el televisor, se secó las lágrimas, se limpió la nariz, renunció a ser perfecta, *correcta*, abrió la caja fuerte de su hijo muerto y durante una noche y un día leyó documentos, acciones de bolsa, cartas de débito, contratos, tarjetas de crédito, escrituras de propiedades desconocidas por ella hasta el momento y no lo pensó dos veces antes de llamar al testaferro,

quien la recibió sonriente y sereno con té de menta servido en porcelana inglesa. Pactaron porcentajes sobre ganancias y elaboraron una lista de actividades cronológicamente dispuestas. Todo el perfeccionismo, el gusto por los detalles y la certeza se hicieron cómplices de esta sociedad perfecta. Doña Martirio invirtió sus últimos ahorros en su primera cirugía estética, se hizo soldar los dientes móviles y las muelas, y confeccionó con audacia el ajuar de una mujer de empresa. Perdió los kilos ganados gracias al ir y venir entre gestiones, averiguaciones y encomiendas, y apretó las carnes flojas dentro de una faja minúscula que la dejó en su eterna talla 8 americana, 38 europea.

Sobornó notarios, amenazó a gerentes de bancos con develar documentos comprometedores, canjeó favores con gestores e invocó las viejas sentencias a su antojo y conveniencia. Obtuvo como resultado el traspaso de una propiedad en la costa marbellí, el depósito de una cifra obscena en una cuenta bancaria en Suiza y el 25% de las acciones de una compañía aceitera.

Sí, lo primero que hizo fue salir de viaje a Europa y Oriente Medio acompañada de su hija mayor, la anoréxica, por quien sentía especial debilidad dada su lealtad y su deseo de complacerla. A su vuelta, descansada y con su vieja energía recuperada, decidió trabajar a pesar de su riqueza. No había sido nunca una mujer ociosa y utilizó algún dinero de la cuenta suiza para abrir una boutique de ropa para el hogar traída de la India, Portugal y España. La atendió todos los días con ayuda de su hija menor, después de que esta decidiera dejar atrás el legado de los hijos muertos, negándose a engendrar otro que reemplazara al primero. Entre las dos administraron el negocio hasta convertirlo en una próspera compañía importadora de prendas de lino.

Fiel a cualquier resquicio abierto entre su trayectoria como mujer moralmente perfecta y la puerta de su vida nueva, donó un terreno baldío para la construcción de un centro de ayuda para farmacodependientes en recuperación, regentado más adelante por su fiel amigo y testaferro.

La dejé de ver varios años mientras empezaba mi carrera de periodismo, pero supe de ella por mi abuela Gabriela. Me crié con mi abuela después de la muerte de mi madre porque mi padre viajaba continuamente. La abuela siempre ha querido ahorrarme las lágrimas de su dolor ante la muerte de su hija, pero a los niños es difícil engañarlos y la escuchaba llorar tras de las puertas. De aquella época recuerdo el desfile de visitas, las velas encendidas ante el portarretratos de mi madre, la ropa siempre negra de los adultos, el silencio cuando yo hacía mi aparición en la sala, la mano cálida, amarilla y seca de Martirio sujetándome firme al caminar, la lectura de un cuento sentadas ambas en los mecedores de madera, el ritual de su visita vespertina para ayudarme con el trabajo escolar.

Tengo entendido que la abuela empezó a asistir en esa época a un grupo de oración que se llamaba Nuevo Amanecer, al que se unían personas que habían perdido a uno o varios hijos. No me extraña que habiendo perdido ambas maridos, hijos o nietos, mi abuela hubiese invitado a Martirio a unirse a su grupo de apoyo. Lo que sí me extraña es que Martirio, aunque hubiese cambiado tanto, hubiese aceptado acompañar a mi abuela. No es que desconfíe de la solidez del cambio de Martirio sino que me resultaba difícil imaginarla hablando de sus sentimientos en público. Pero lo hizo y le sucedió entonces lo que a todas las mujeres plenas: a su vida se unieron amigos nuevos, jóvenes y

viejos; amores nuevos de mano de hombres que en el pasado jamás habrían sido considerados buenos *partidos* para otras o para ella, y no fue poca su sorpresa al descubrir que su cambio había suscitado el aumento de sus admiradores.

Martirio se volvió a casar y lo hizo con el único hombre que la había amado sin reserva. Uno de esos hombres que las mujeres desechan por aburridos, por calvos, porque sudan frío o porque despliegan una panza redonda y pliegues grasosos con pelos, o una mezcla de todo lo anterior más un gusto por los enanos de jardín, los calcetines blancos, las camisillas hechas de redecillas de nailon, las chancletas de plástico chinas y la joyería masculina con piedras. Él aún la llama *mi Marti* y ella lo apoda *mi kiwi, mi puppy...*

Ha desaparecido ese *por qué* ofrecido a quienes confesaban alguna falta, algún problema, una cuita. En ese mismo año y mes tras mes dejó de escuchar críticas después de descubrir que criticar es la mejor forma de no tener vida propia, opción de preferencia de quienes tienen miedo, a quienes les da vértigo encontrarse solos en la vida y temen prescindir de la opinión ajena. Desde entonces no pronuncia la palabra *perfecto* o *perfecta*, y en su lugar apareció un reguero de *oportuno, eficaz, pertinente, estupenda, dulce, significativo, válida, fantástico, excelente, interesante, intrincado, exhaustiva, complejo*. Y se inventa nuevas sentencias: *los que critican se paralizan; es preferible equivocarse y vivir que ser perfecto y estar muerto; más importan las relaciones que estar en lo cierto*. Tampoco pudo prescindir enteramente de su gusto por dar consejos, pero conseguía que fueran pocos, que fueran solicitados, que se ajustaran en algo a lo que la persona quería de la vida y no a lo que quisiera ella.

Es cierto que hubo cosas y rituales a los que nunca pudo renunciar y, aún hoy, sigue cortando los tubos de dentífrico con

tijera para sacar la pasta adherida a las paredes después de aplastarlos una y mil veces con el canto de su cepillo de dientes. Los armarios libres de chécheres empezaron a llenarse nuevamente de objetos que ahora obedecían a un proceso de selección que tenía como criterio básico su relevancia vital. Es decir, se empezaron a llenar de libros de autoayuda, cintas de video de yoga, cintas grabadas con protocolos de relajación y meditación, cajitas para incienso japonés –el incienso de la India le parecía penetrante y vulgar para acallar una mente como la de ella–, recortes de prensa con los éxitos de sus hijos, diapositivas de las obras de su hijo el pintor, fotos de su hijo gay muerto frente al puente sobre la bahía de San Francisco y aceites esenciales para la vitalidad y para serenar la mente. Empezó a sentirse libre con los armarios vacíos o con los armarios llenos.

Ha desaparecido el estreñimiento, la flatulencia y la diarrea; las multivitaminas se las ha regalado a su hija, la primera; en manos de su monitor de gimnasia se palpan músculos fuertes bajo su piel vieja. Ríe fuerte, ríe alto y ha vuelto a bailar como le ordena su cuerpo y le sugiere la panza sebosa, peluda, libre y resuelta de su *puppy* cuando baila con ella.





Encuentro con cadáver 2

LA HORA Y MEDIA QUE HABÍA GASTADO EN EL *SUBWAY* acabó por pasar su factura. Si los párpados insistían en cerrarse, los huesos empezaron a chirriar y bambolearse, independientemente de la dirección que con mucho esfuerzo dictaban mis articulaciones calzadas en los viejos zapatos de tacón de ocho centímetros.

Tenía que llegar a tiempo a la morgue donde me esperaba la limpieza de los suelos, la desinfección de las mesas de cirugía, la retirada de restos de la bandeja del incinerador y el desatascar el sumidero de la ducha de los médicos, siempre llena de pelos. Luego tenía que almorzar rápido para llegar a tiempo a la peluquería para que me decoloraran el cabello y teñírmelo de negro, y someterme a las vendas frías que me deshinchaban el abdomen. La *esteticienne* decía que las vendas no me servirían para reducir los pliegues de mi abdomen si desayunaba róballo con yuca y queso, pero no creo que fuera cierto: es comida natural, mejor que los cereales llenos de azúcar blanca que ella se zampa cada mañana creyendo que por ser de Kellogg's son más civilizados que mis pargos, mis patacones y mi suero.

Trabajo con muertos todos los días; no me afectan, no me dan miedo, no me dan asco, casi ni los veo. Temo más a los

políticos, me dan más asco los viejos, me afectan más los granos purulentos de un adolescente. Así que me cambié los zapatos de tacón por las chancletas de lentejuelas, el vestido de denim por las bermudas con flecos, saqué de la taquilla la camiseta de “I love N.Y.” que es muy fresca, agarré la escoba plástica y la pala, y me dirigí por el pasillo a la sala con los muertos en gaveta, tratando de coordinar la masticada del chicle con el flip-flap de las chancletas, me gustaba trabajar con ritmo.

Detrás de la puerta me sujetaron los brazos negros de Fabio. Tiene los músculos más largos, fuertes y prietos que haya visto en mi ya no tan corta vida. Me agarra por los brazos, me besa despacio, me lame la oreja, me llama *mamita* y me abre la cremallera. Yo me hago la difícil y le retiro mi cadera para hacerlo penar. Pero me agarra fuerte por el trasero y me obliga a recostarme contra todo su cuerpo. Así que hago lo que mejor se hacer: le paso la lengua por los labios, le rozo suavemente las palmas de las manos por su pecho, le muerdo la boca, lo beso lento, lo obligo a abrirme las piernas metiendo las suyas dentro mientras me mezo suavemente al amparo de su cadera. Gimo, me retuerzo, le digo quedo a la oreja *dámelo papi* mientras le abro la bragueta.

Pero no escucho su respiración acelerarse, no escucho su rugido de fiera y sospecho que la decepción ha debido notarse en mi cara, que quedó lívida al encontrar mi músculo favorito, plenamente muerto. Ahora opto por los rubios, preferiblemente macilentos.





Migraña 1

UN PAR DE TENAZAS ME APRISIONAN LA CABEZA, JUSTO detrás de la oreja, del lado izquierdo. El dolor aprieta en ese punto duro, con poco derecho a inflamarse porque mi lógica dice que algo tan duro no puede tener musculatura, por lo tanto, no puede expandirse, y no debe dolerme. Pero me duele. Baja el dolor hasta la nuca larga y ahora tiesa, que no tiene reposo desde antes de ayer cuando la sostenía tranquilamente sobre mi pecho o mi espalda, soportando mi redonda y menuda cabeza.

Hoy no se siente ni redonda ni menuda; es un apéndice doloroso que le sobra a mi nuca y que bien haría en donarla al vecino que me tiene invadido el horizonte del patio para que le duela algo, ya que no le duele alterar el valor ni la apariencia de este sitio que tengo como aterrizadero. Pero ni siquiera es mi casa y no sé qué derecho tengo de quejarme.

No sé cómo conseguí sentir esas tenazas en la cabeza y no recuerdo haber trabajado mucho para merecerlas. Recuerdo una tarde de domingo enfrascada deshaciéndome de viejas cartas y fotos, una mesa llena de bolsas y papeles, una ducha tarde y deliciosa, una pijama limpia y vieja de algodón 100%, suave y olorosa a aceite de pachulí que me cambió una amiga por incienso de pétalos de rosa. Quizá me senté un momento en el sofá y recosté

la cabeza en el brazo alto, incómodo. Quizá lo hice el tiempo suficiente para que tendones y huesos y cuero cabelludo lanzaran una alarma que ya lleva sonando tres días. No lo sé.

Pero el dolor no se ha quitado y ahora me veo furiosamente obligada a solicitar una cita con un profesional. Como no conozco terapeutas independientes, llamo a Elizabeth, con quien practico yoga, para que me dé el nombre de su nuevo bioenergético, acupunturista, naturista, masajista, médico chino de Nueva York, para que me dicte su dirección, su teléfono, sus alabanzas y me cuente lo que cuesta la consulta. Ciento ochenta mil pesos, contesta, y yo maldigo para mis adentros porque quiero un buen profesional al precio de un curandero, aunque hay curanderos que cobran como médicos. Así que ando –poco, para ser sincera– con dolor y rabia, tiesa del cuello para arriba y hacia la izquierda, con un ligero dolor de cabeza; algo que se me empieza a engarrotar en dirección sur espalda centro y me hace trinar de la ira.

El médico, muy profesional, tiene por costumbre tardar una hora y media con cada paciente en su primera cita y yo quiero ir a corregir el dichoso documento que será mi libro publicado si Dios, la editora, el dinero y medio mundo quiere. Como llevo casi dos millones gastados en el proyecto, me hace poca gracia que se tarde; pero como soy tolerante, inteligente, comprensiva, una ternura de mujer, lo dejo pasar, no me quejo, espero estoicamente, no me impaciento por nada, nadita que deje entrever que no soy tan dulce como parezco. Así que adolorida, furiosa y pelada. ¡Y una mierda! Lo que quiero es ganarme la lotería y salir corriendo a comprarme una casa cerca del mar, a tres manzanas de mi sueño, justo a la derecha de mi necesidad de tener un nido en el que pueda sentirme a salvo, con la piel pegajosa por el salitre, el pelo

crespo, el olor a yodo que entre por mi siempre descongestionado cornete izquierdo –el derecho nunca está libre porque no me lo cauterizó ese médico que quería verme guapa y robusta y me hacía hemoterapias y me inyectaba calcio en las venas y me daba anorexígenos para que comiera y me engordara y hablaba de lo divino y lo eterno, siempre con algún conocimiento, alguna anécdota; Ismael Ce-no-sé-qué; un nombre que parecía una broma en ese hombre enorme, robusto, panzudo y viejo; era la época de Evolutiva II con Luis Eduardo Gómez, hoy muerto (él también está muerto), época en la que mi hermano se graduaba en comercios fructíferos de esos que ya dejan de ser de buen género-. Pero mejor no me voy por esos derroteros, deja de ser un dolor de cuello y toma curva cerrado hacia el corazón, que bastante tiene con estar como está.

Se me da por aquello de la economía y termino acostada cuan larga soy en la camilla de una masajista conocida por una amiga a quien ya le ha quitado más de un dolor y, en efecto, la mujer tiene unas manos gordezuelas, abollonadas, calentitas, que estrujan y masajean, soban y enderezan, alinean, desentumecen, lento, lento, no sin antes conectarme a unos electrodos que emiten una corriente para estimularme no sé qué riego. Gimnasia pasiva, me explica paciente, y yo me pregunto para qué necesitará mi cuello que lo ejerciten vía electrochoques con-nuevo-nombre. Luego llega el turno de no sé qué crema helada que mantiene en la nevera y que la pasa con un rodillo que emite ondas infrarrojas, si mal no recuerdo. Infrarrojos me suena a ultra derecha y se me viene a la cabeza lo de la guerrilla y lo de los paramilitares y lo de las balaceras y se me atiesa el cuello de nuevo.

Una hora completa de electrochoques, ultraderechas y sobos me dejan más o menos recompuesta, aún adolorida y con la cabeza en dirección general derecha. Debo hacer cita para el día siguiente y tomarme otra pila de pastillas, esta vez recomendadas por alguien que no es médico. Así que no me las tomo y acudo a mi conocido antiinflamatorio para los ovarios que consumo cada mes cuando a mis cavidades femeninas se les da por chillar. Mejor no pienso en eso. Entre el cuello y el c... no hay más que una *e* y una *l*, la *e* de estúpida y la *l* de loca. Amén.





Por la 84

DECIDO CAMINAR HASTA EL CONSULTORIO EN LUGAR de tomar un autobús o un taxi. Decido no obedecer la sugerencia del médico chino que me advirtió un día que yo no debía caminar bajo el sol porque se me bajaba el *chi*: *se te baja el chi y por eso sangras; las mujeres a tu edad no deberían tener la menstruación porque el cuerpo se agota y sangra*, me explica. La furia ciega por llamarme vieja hace que me olvide de su cara hermosa y me centre en su panza rubicunda, su cabeza calva y sus músculos flácidos; me muerdo la lengua para no recordarle que no es, del todo, sangre; que mi menstruación es endometrio.

Pero son las tres de la tarde –el paciente de las dos ha cancelado– y tengo este regalo de tiempo justo antes de que el sol deje de tostarnos, algo muy difícil en este trópico candente.

Me pinto la boca, me pongo el sombrero y salgo con mi vestido de lino blanco y las sandalias marrones de cuero. Están verdes los jardines, los helechos con sus hojas tiernas y las diez variedades de palmeras que he contabilizado con el paso de los días: las velas, las cocoteras, las africanas, las arecas, las iracas, las datileras, las que importaron de la Florida, las mariposas, las viajeras, las de abanico; verde y húmedo el musgo que crece entre las grietas de las aceras de cemento.

Se están cuajando algunas nubes grises nuevamente y amenazan lluvia desde el cielo. Apresuro el paso tanto como puedo, que no es mucho porque ya he llegado a la esquina de la 64B y la acera allí promete interferir como siempre con mis pies. Salvo la distancia hasta la acera sur del Colegio Marymount por entre la fila de vehículos que se apostan a la espera de los niños, intentando no meter mis pies en el agua que aún corre a cada lado de la calle, después del aguacero de esta mañana. Toreo la lenta fila de automóviles y me cuelo por entre una Toyota 4x4 y una Hyundai cuatro puertas. Vienen las florecitas muertas del roble rosado que yacen en el suelo a recordarme no sé qué cosa sobre la vida y otro tanto intenta hacer la maleza que crece por entre el cemento, *la vida se abre camino*.

De un lado cuelga la trinitaria de la malla metálica que protege a los niños con camisetas Lacoste y *chinos* caqui. Una malla parecida protege a las niñas de la escuela gratuita al otro lado de la calle con sus faldas de algodón a cuadritos y sus blusas de dacrón blancas. Creo que alguien ha celebrado un cumpleaños porque de dos taxis salen o entran globos púrpura en forma de racimos de uvas.

Grieta, rayita, grieta, grieta, rotura, cemento levantado, cemento liso, vidrios polarizados, Trooper, Blazer, Land Rover, Reciclaje “El Propio”, Paraíso-Porvenir, Boston-Boston, La Carolina, Mango Verde y chupetas de colores en forma de mariposa; azul cielo el carrito de los mangos con el tamaño justo para caber entre una Mitsubishi y una Nissan plateada; grieta con raíz de árbol, almendras descomponiéndose, rayita, grieta, rayita, rayita, cemento liso por un rato, alcantarilla destapada, gres vitrificado, Jeep Willys año 50 azul oscuro con corral de

madera y pintura impecable, taxi, taxi, hoy se mece suavemente la araucaria, taxi. Recojo las florecitas de orgullo de la India que despiden aún más aroma gracias al calor del asfalto y llego quince minutos más tarde al portal del edificio donde debo recoger las llaves de acceso al consultorio. Rayita, rayita... El cielo parece de acero. El celador ha brillado las letras de cobre del edificio. Con el rabillo del ojo veo el roble rosado que quizá se asome por la ventana en algún momento de la jornada. Escalón, reja, barro vitrificado, ascensor, reja, candados, puerta, cuadros blancos de baldosas limpias, rayita, rayita...







Place 2

TENGO VEINTIDÓS AÑOS Y CURSO EL OCTAVO SEMESTRE de antropología; tengo un novio artista que mi padre aborrece y mi madre teme; tengo un padre enfermo y una madre que trabaja para traer un pequeño sustento a casa, cuidado de una minúscula niña, hija de mi hermana, a la que le ha dado por quererme; no tengo dinero ni para cortarme el cabello que yo misma recorto cada mes y medio con las viejas tijeras de modista usadas por mi madre para cortar la ropa de florecitas de sus dos hijas y de ella.

Tengo una amiga que se llama Juana, otra Pepa y una Verónica que se enamora de otro amigo, César, que es un tarambana de mucho cuidado que está enamorado de ella pero prefiere pensar que solo quiere llevársela a la cama y cambiar su condición de virgen por la de mujer *hecha y derecha...*

A cambio, vivo en esta casa blanca, enorme, amparada por una gruesa muralla de piedra caliza que un loco en cueros saltó alguna vez. Parece un fortín al entrar por alguna de las dos puertas metálicas sólidas que hay que franquear, previo aviso al celador armado y moreno. Tan gruesa y tosca la muralla como delicada y sencilla la casa que alberga. Parece una viejecilla empolvada y almidonada en una mañana de Semana Santa en la procesión de la iglesia; tan

sencillo y modesto su tejado de asbesto cemento, tan humildes sus paredes de ladrillo de tolete, como su puerta de madera.

Hoy la aproximo lenta por la puerta principal que se abre para recibirme en toda su anchura blanca. Debo levantar la mirada porque está en la cima de la cuesta que la eleva y me obliga a hacerme pequeña antes de acercarme. Me detengo para tomar aliento y la miro con la mano izquierda sirviendo de marquesina para mis ojos que no soportan el brillo del sol sobre las paredes blancas de cal. La acaban de pintar y huele a carburo, a limpieza, a diciembre, a brisas, al verano que llega. Esta casa tiene un hijo pequeño y lo tengo a mi mano derecha: es el estudio de un pintor, elaborado con la misma piedra caliza y gruesa. Desde aquí no lo veo, pero tiene un ventanal enorme que se asoma al mar y que es también puerta. Y en el frente, una piscina en eterna construcción, un adefesio pretencioso para esta dama vieja que se empolva cuando el sol sale a verla.

El pino ralo cree adornar la puerta, pero apenas consigue darle un aire entre lastimero y tierno al jardín que ha sido construido para que lleguemos lentamente. Grandes tabletas de barro rojo cocido hacen una escalera; el chinchorro guajiro está colgado del tronco del pino viejo y de uno de los barrotes de una de las rejas; lo retiro con la misma mano que hace de alero sobre mis cejas, antes de que me roce la cara. Alcanzo la manija de la puerta y antes de entrar giro para ver el mar tranquilo por encima del muro y por encima de la trinitaria fucsia que se arrastra por entre los trozos de vidrio, puestos allí para desgarrar la carne de quien intente penetrarla.

La antesala está fresca con el chinchorro verde y la maceta con su enorme yuca que crece en cualquier sitio que prometa sombra y sol. Respiro mientras doy tiempo a mis ojos para que se ajusten a la estan-

cia en sombra y camino hasta la sala: un sofá que describe un cuadrado casi cerrado, hecho de cemento y yeso blanco, con grandes cojines de liencillo grueso también blancos, en torno a una mesa de centro hecha por los pescadores de Salgar, con troncos de matarratón pulido, con un vidrio encima que soporta los libros de arte, la caracola de interior rosado y dos ceniceros. Dos enormes cactus de minúsculas ramitas, delicadas y verdes crecen mirando al mar y enmarcan la luz que entra por el enorme ventanal de la casa.

Detrás de mí, el comedor y su balcón blanco y diáfano que otea al viejo e inútil puerto que da nombre al pueblo: un reguero de casitas incrustadas en la piedra por entre un follaje de monte verde o monte seco. El largo muelle se adentra en el mar e insiste en su oficio de atracadero para barcos que no llegan. Por una enorme puerta de cristal, por el balcón con su sofá de obra ibicenca, se asoma este Caribe que apenas baña a sus niños y a sus viejos. La mesa redonda ha sido hecha a mano por los mismos pescadores que hicieron la otra mesa y que también hicieron las sillas con sus espaldares altos y frescos. Nueve fotos de Hernán Díaz en blanco y negro han sido clavadas en tres hileras; *De los oficios de la calle* reza la leyenda: una gitana, un zapatero, un embetunador de zapatos, un organillero, una florista, una palenquera que vende frutas, un heladero, un vendedor de correas para perros, un lotero. Se entrevé la cocina por la puerta con su suelo de baldosas blancas y negras. Todo parece estar en silencio.

Miro al mar mientras me devuelvo buscando las habitaciones y a la hermana que está en alguna de ellas: el dormitorio maestro. Su antesala blanca, con los libros enterrados en las repisas de yeso y cemento, tiene un vitral que se arrebola con el sol mañanero y deja imágenes rojas sobre el vidrio del escritorio despejado y la

alfombra persa. El ronroneo del aire acondicionado apaga los ruidos y crea ese silencio sonoro que arrulla a mi hermana dormida en la cama blanca, como blanco es el suelo. La cabecera de la cama es el mismo muro roto por un vidrio blanco y lechoso, tamizando la luz que ella se tapa con los brazos doblados rodeando su cabeza. El jardín de caracolas y conchas, cactus y palos que trae el mar, está quieto; el aire acondicionado apaga el canto de los pájaros y la pisada del lagarto que siempre toma el sol aquí porque nadie lo molesta.

La dejo dormir y me dirijo a la habitación de las niñas. Dejo el morral en su salita verde de bambúes, me descalzo frente al armario de celosías blancas mientras miro nuevamente al mar por la ventana que también me trae el cielo. El suelo está fresco, alguien ya lo ha lavado y ha dejado el aroma a pino que insisten en envasar para engañar narices que no tienen suficiente con el olor de la sal que se pega a las plantas de los pies, la sal que se le regala a quienes aman los puertos.





Chancletas

QUEDAN LAS CHANCLETAS BLANCAS, HUÉRFANAS, DONDE antes estaban sus pies. El talón de una ha quedado encima de la otra, apenas rozándose. Son blancas con pequeñas elipses perfiladas en la plantilla, unas dentro de las otras, con la bandera de Brasil pequeña, pegada a las tiras delanteras.

El talón decolorado de elipses acusa recibo del pie que lo chancletea desde abril del año pasado cuando las comprara en el zoco de Valencia. Y es que pisa firme ese par de pies planos, lleno de liniecitas morenas; pisa sin compasión, sin dudas, con el único propósito de llegar adonde quiera. Qué remedio tienen los pobres, dirigidos por un hiperdesarrollado hemisferio izquierdo.

Las abandona casi siempre bajo la lámpara de pie, no lejos de la ropa usada que deja sobre la silla única, también huérfana; ¿Dónde andará? Anda rápido y llega lejos, siempre tiene prisa, nunca le alcanza el tiempo. Colecciona experiencias sin fin que no siempre recuerda. Acumula peso en su cabeza, en las chancletas, en las cajas que guardan memorias y en mi cabeza.

Hoy, antes de marcharse, las ha echado a la bolsa negra de plástico. Y yo me quedo aquí, sobre mis pies, descalza, recordando lo que no debe recordarse: las orillas recorridas con

ellas, húmedas luego de una ducha, en mis manos para matar las cucarachas que detesta, al final de las pantorrillas gruesas, desnudas al levantarse de una noche de entregas. Flip-flap, ahí viene, flip-flap, ya se va, flip-flap, flip-flap...



Esta obra se terminó de imprimir en Medellín, Colombia.
Octubre de 2015.

